

Hacia la itinerancia de la teoría

-Observaciones metodológicas-

Ruth Ramasco de Monzón

Vamos a continuar la exposición de los textos con algunas observaciones iniciales que nos permiten ampliar ahora, ya con un pequeño itinerario recorrido, la metodología inicialmente presentada ayer. Lo explicitamos recién ahora porque el pequeño itinerario ya recorrido nos permite visualizar lo que decimos.

Habíamos señalado en la explicación anterior que los documentos presentados poseían dos características:

- a) habían surgido como reflexión sobre la práctica,
- b) buscaban incitar la propia escritura como espacio de reflexión y exposición, como sostén de las palabras.

Por lo tanto, anhelaban ser palabras que entraran en diálogo con otras, se exponían para que otros se animaran a exponerse y a reflexionar; es decir, se animaran al éxodo del mundo familiar y acostumbrado, de ese mundo constituido por la familiaridad de nuestras prácticas, nuestros conflictos, nuestras posiciones tomadas o nuestros supuestos, y salieran a la *itinerancia y pobreza de la teoría*.

Esta decisión metodológica es una propuesta nítidamente dominicana:

- 1) Propone asumir la *itinerancia*, lo cual significa abandonar nuestros techos, los lugares conocidos, aquellos que nos hablan todo el día de nuestra historia. Reflexionar sobre nuestras prácticas es animarnos al éxodo de las mismas, es salir de ellas porque ni las mejores pueden considerarse equivalentes al llamado del Dios Vivo. Presupone llevarlas en nuestra memoria, recuperar nuestra memoria, recibir de otros nuestra memoria común, porque hemos decidido no detenernos. Supone también que aceptamos ir hacia lugares desconocidos, que nos animamos a estar en el camino e itinerar. Primera propuesta de esta metodología: *¿desean*

animarse al camino? No a la mirada idílica sobre el ideal dominicano, sino a la itinerancia real: pocas cosas podemos llevar, las que más valoramos, no nos sentiremos cómodos, los demás no nos conocerán, nos sentiremos inseguros. ¿Qué es lo que decidimos llevar?

- 2) Propone asumir la *pobreza* y la *mendicidad*, porque nadie puede considerarse autosuficiente en un camino desconocido, y el llamado del Dios Vivo es siempre, renovadamente, un camino desconocido. En el camino, no alcanza lo que llevábamos al salir, lo que traíamos; otros deberán proporcionarnos alimentos para que podamos seguir. Nos volveremos mendigos. Necesitaremos recibir de otros, necesitaremos hacer la experiencia real de la gratuidad, porque ella es lo que nos volverá sensibles a la Donación de Dios. Reflexionar sobre nuestras prácticas supone desposeernos de ellas y quedarnos con lo que necesitamos para seguir vivos y avanzar. Por lo tanto, mientras la ubicación de nuestro lugar de escuela en clave pastoral o de catequistas siga siendo un lugar sin pobreza, sin recepción, sin disposición de escucha de la historia, podremos hacer la experiencia de atender a las necesidades de los otros, pero aún no nos habremos introducido en la gratuidad de la recepción. Es decir, iremos hacia Dios como ricos, no como pobres; habremos entregado la vida a la catequesis, pero no podremos entregar un milímetro de nuestras prácticas, nuestras decisiones, nuestros dolores, nuestras heridas. Este relato de nuestras prácticas es, en sí mismo, una aceptación de la pobreza necesaria para salir al camino. Pero no salimos porque tenemos ganas de andar, sino porque amamos al que nos llama a él. Segunda propuesta: ¿se animan a la pobreza de la pregunta y la interpelación?, ¿se animan a ser escuchados?, ¿se animan a escuchar?, ¿se animan a descubrirse? En otras palabras, ¿desean hacer la experiencia dominicana de la catequesis en pobreza o desean transformar su reflexión en una defensa de sus prácticas? Hablar en serio nos vuelve pobres. Otros se apropian de nuestras palabras y las dan vueltas y las miran; o toman algunas cosas y dejan otras; o no les interesa ni siquiera saber qué dicen y deciden que no necesitan escucharlas, tal como algunos

autores describen la tristeza de los libros que no son abiertos nunca. Sin la asunción de ese tipo de pobreza, no es posible hablar en verdad.

- 3) Propone asumir el *desafío de la teoría*. Asumir este desafío implica la exigencia de abandonar la tranquilizante morada de la singularidad de cada hecho e institución para ir hacia ese lugar donde podemos comunicarnos y pensar juntos: lo que decimos sobre lo que vivimos, no su mera descripción, no el último detalle que sólo podría hipotéticamente conocer el actor del hecho, sino los valores que vemos en él, las categorías bajo las cuales las nombramos, los juicios que establecemos. Ese es el inmenso valor de la reflexión. Si ponemos las prácticas en categorías, otros pueden opinar sobre ellas; si nos animamos a nombrarlas, otros pueden discutir, oponerse, estar de acuerdo, discrepar, objetar. Aceptar el desafío de la teoría es aceptar la intranquilidad de que otros puedan hablar sobre lo que yo vivo, porque me he animado a ponerlo en clave de comunicación. Si sus palabras quieren encerrarse en lo individual y desde ese lugar sólo esperan el silencio porque su experiencia no puede ser comprendida en realidad por nadie fuera del que tiene la experiencia inmediata del acontecimiento, quedaremos encerrados, clausurados en la minucia de los detalles de nuestra práctica. La verdad es que necesitamos preguntarnos si ese talante epocal no es sólo una gran decisión epistemológica producida por el miedo. Sin el paso a la teoría, mis palabras no pueden entrar en debate. Soy el dueño total de mi experiencia. No es casual tampoco que el día de ayer hayan asomado en las bromas, en las risas, en el malestar, la imagen del examen, como si ése fuera el único lugar donde parece asomar la pregunta. Si me preguntan, entonces me examinan; si me preguntan, entonces me juzgan. ¿No cabe otra posibilidad? Si me preguntan o si hablan sobre lo que decimos, ¿no cabe la posibilidad de que las preguntas posean el rango de pregunta? Es decir, ¿que deseen saber, anhelan una respuesta, quieran el diálogo, asuman el desacuerdo? Porque la posibilidad de desacuerdo es parte constitutiva del paso a la reflexión. Y hay desacuerdos que son efectivamente conflictos de poder; y hay desacuerdos que son perspectivas y decisiones teóricas diferentes. En los primeros, el conflicto

se dirime por quien obtiene el poder o impone su poder, se agudiza por las heridas reales en el ámbito del poder; en el segundo, se dirime por razones, perspectivas, otros niveles de profundización. No podemos penetrar en el sentido profundo de la pregunta religiosa, si interpretamos toda pregunta como encasillada en una situación de poder. Pregunta el que tiene poder, responde el que está sometido a la pregunta de otro. La pregunta religiosa es una pregunta irrestricta (no se restringe a nuestros intereses y pujas de poderes), la pregunta religiosa implica la autotranscendencia (se anima a superar el ámbito de mis intereses, situaciones, el lugar donde yo soy solo yo y cada institución es ella y desde ella, sin ir más allá de sí misma) Si nuestra experiencia del Dios Vivo no es una pregunta que inquieta e introduce malestar en aquello que en mí no quiere salir de sí mismo, ¿es al Dios del Exodo al que conocemos y en el que creemos?, ¿es al Dios de la *kénosis* y del abajamiento del Misterio Trinitario a la historia y al Misterio Pascual? Tercera propuesta: *¿se animan a un paso (en sentido pascual) a la teoría?* ¿A trascender su propia práctica y volverla experiencia de comunicación intrahumana? ¿A ejercitar, en el laborío difícil del malestar de la interpelación, el disenso, la exigencia, la escucha; a ejercitar en ellas la apertura al Misterio de Dios como interpelación, pregunta, desafío, conversión?

Este es el fundamento dominicano. Sin el difícil ejercicio de nuestro éxodo hacia la teoría, jamás podremos establecer una escuela en clave pastoral ni ejercer la interdisciplinariedad, ni la relación fe, cultura, vida, porque no aceptaremos la interpelación de nuestras prácticas. Sabemos que no es fácil pasar de un ámbito de hogar y abrigo al exigente mundo de lo público (y la teoría vuelve pública nuestra vida de fe tanto como la acción), pero el Dios en el que creemos no puede quedar encerrado en nuestras prácticas. Esta invitación metodológica busca ser una incitación a asumir radicalmente la predicación del Evangelio a todos los hombres.